

CÓMO ACERCARSE A LA PALABRA DE DIOS CON SENTIDO PASTORAL Y JUVENIL

Antonio Jesús Rodríguez Rojas sdb

La intención de estas páginas es cualquiera, menos dar recetas para confeccionar píldoras pastorales que eviten al animador de una comunidad de fe, sobre todo si es juvenil, hacer la correspondiente reflexión de adaptación a la realidad de los destinatarios. Para ese tipo de consejos ya hay abundante literatura.

El objetivo es otro. Se trata de ofrecer al responsable de pastoral unos criterios de lectura, aclaración personal y asimilación de un texto determinado de la Biblia, y así hacer que esté en disposición de aportar a los destinatarios su experiencia de fe rica en sí, que sirva a la vez como vehículo, estímulo y paradigma de vida cristiana, sencillamente, sin pretensiones: nada más y nada menos.

Parto del supuesto de que se quiere hacer una explicación de un pasaje bíblico en concreto. Esto no tiene nada que ver con otras formas igualmente válidas de catequesis cristiana, a partir de la experiencia que luego es iluminada por la fe, etc.: no se trata de esto en esta reflexión, sino de cómo hacer una exégesis lo más adecuada posible a las vivencias de un grupo cristiano, en especial, juvenil, sin aburrirlo..., ¡que ya tiene su mérito!

1. Sobre lo que no hay que hacer con la Sagrada Escritura

De entrada, la Palabra de Dios, inspirada y revelada en la Sagrada Escritura lo es porque una determinada comunidad humana y de fe (el pueblo de Israel o la comunidad cristiana primitiva en cuestión) ha puesto por escrito su vida, su experiencia, su historia o sus sentimientos y deseos, sus proyectos, o todo eso a la vez, tal como los ha vivido a la luz y contando con la fuerza de Dios, con su inspiración. El vehículo de transmisión que utiliza Dios es la vida de las personas, de las comunidades religiosas autoras humanas de la Biblia, tal como éstas viven y entienden el mensaje de Dios: con sus límites y aciertos de todo tipo.

Por tanto:

a) No se puede empezar la explicación de una lectura bíblica yendo de entrada directamente a lo que nos parece el contenido, el mensaje de Dios. Ésa es la mejor forma de traicionarlo, de desvirtuarlo, porque actuando así se le descarna, se le saca de su contexto, con lo que pierde el 'aroma', la frescura de la vida comunitaria donde nació esa Palabra. Como Dios no envía discursos, no lanza 'e-mail', sino que se mete dentro de la historia, no se puede entender y aplicar a la vida actual un texto del A.T. o del N.T. si se le descontextualiza, si no se le recibe en y desde la experiencia humana en que nació por designio de Dios.

Hay que superar la evasiva de que hablar del contexto, lugar, destinatarios, autor o autores en el tiempo de un texto concreto, de la intención del escritor sagrado, etc. son manías de especialistas, o formas de marear la perdiz, porque '¡hay que ir al grano!'. Pues bien, la única forma de ir al grano es escuchar y acoger el mensaje de Dios recogido en la Escritura (o en la Tradición de la Iglesia) tal como Él nos lo ofrece, es decir, a partir de la experiencia de fe vivida y expresada por la comunidad que pone por escrito su sentir humano-religioso.

b) Es importante evitar la utilización de un texto bíblico para confirmar una idea teológica previa: se corre el riesgo de hacer decir a la Palabra de Dios lo que no dice. Este procedimiento es válido cuando los teólogos especulativos lo emplean dosificadamente; pero nunca puede ser pauta de conducta para un agente de pastoral, por el riesgo de manipular la Biblia con la mejor de las intenciones. A la larga se consigue que los destinatarios perciban que la Palabra de Dios es una 'pastilla' que sirve para todo tipo de dolores, una especie de recetario para salir del paso.

Es cierto que la celebración de la Palabra de Dios en la liturgia pide una lectura actual de la misma (la *'lectio divina'* y su técnica enseña cómo hacerlo). Es más, se da un auténtico *'sensus plenior'* (significado más hondo) de los textos bíblicos, cuando se lee, por ej., el A.T. a la luz del N.T., como hace el redactor del Evangelio haciendo ver que una profecía se cumple en Jesús. La Comunidad cristiana, donde nace la Sagrada Escritura, está capacitada para leerla en su seno correctamente en cada momento de la historia, para iluminar y dar fuerza a los creyentes (cf. Rom 1, 16). Esto no tiene nada que ver con la manipulación espontánea de los pasajes bíblicos, por muy buena voluntad que se tenga.

c) El anuncio del Reino es la buena noticia que Cristo nos trae. De aquí se deduce que, al mirar un texto, al 'rezarlo' antes de exponérselo a nuestros destinatarios, especialmente si son jóvenes, necesitamos cuidar mucho descubrir qué aspecto de la Buena Noticia nos trae el pasaje, qué realidad nueva se nos invita a 'ser'. Sólo desde la alegría de la salvación vista, experimentada y asumida como lo hizo la comunidad en que nace ese pasaje en cuestión puede darse el paso a sacar las conclusiones parénéticas (morales) pertinentes. Empezar exhortando a comportarse de una forma determinada, sin fundamentar dicha conducta en la experiencia de salvación que trae Cristo puede confundir a los jóvenes, y da además la sensación de 'moralina', que tan indigesta resulta siempre.

d) Esto conlleva evitar un lenguaje apocalíptico, de amenazas más o menos veladas, de atribuirse la interpretación catastrófica de la voluntad de Dios. Mucho menos, erigirse en indiscutido intérprete de la Palabra, en vez de dejarse interpelar e interpretar por ella

e) Los medios de comunicación y las técnicas audiovisuales son un estupendo instrumento al servicio del anuncio de la Palabra. Sólo algunas consideraciones a tener en cuenta:

* La técnica jamás sustituye un estudio sereno del texto o una oración previa a la explicación a los destinatarios. Improvisar y utilizar a la vez muchos aparatos audiovisuales lo único a que conduce es a atraer la atención de los destinatarios sobre el vehículo, no sobre el objetivo de la cuestión ("aunque la mona se vista de seda..."). Se deben utilizar todos los medios de que se disponga; pero no sobra decir que estamos hablando de instrumentos, no de mensaje: ése ha de ser preparado cuidadosamente.

* Junto a una posible desviación en este aspecto, no está de más sugerir que conviene implicar a todo la persona del destinatario para ponerla directamente en contacto con la experiencia de la comunidad cristiana que asumió o creó un pasaje bíblico concreto bajo la inspiración de Dios. De aquí que no sólo se trata de llegar a los sentidos o al mundo afectivo de los jóvenes (lo que es esencial), sino a su memoria, a la inteligencia, al sentido comunitario, a su voluntad, a sus intereses, a sus proyectos... Abusar de los sentidos correría el riesgo de desviar la atención del Mensaje.

2. Sobre la forma de acercarse a la Biblia para transmitirla a otros

Leyendo por contraste lo anterior, se pueden extraer algunas conclusiones:

a) No hace falta ser un especialista para situarse en el tiempo, el género literario de que se trata, el tipo de comunidad en que nace el escrito sagrado, el o los autores, sus destinatarios, los fines que los mueven, etc. Dios se nos comunica a través de la vida humana de los hombres religiosos (Israel o la Iglesia o una porción de ellos), leída, sostenida, impulsada e interpretada por ellos mismos a la luz de Dios. Ello conlleva saber de sus límites, sus deficiencias, etc. Dios se nos comunica a nosotros en esa experiencia que podemos llamar 'fundante': no lo hace directamente a nosotros, como si hubiera dictado unas ideas o un reglamento a cumplir siempre y en todas partes, sin el más mínimo matiz. Puede esto sonar a caricatura literaria; pero lo peor es que esas actitudes se dan en algunos agentes de pastoral, por lo que se ve. La Palabra de Dios no se debe 'usar' para nada ni para nadie. Por tanto, no sobra una preparación remota, oración, sentido de los propios límites, preparación próxima, utilización de las técnicas pedagógicas, medios

de comunicación, dinámica personal o de grupos, etc., pero sobre la base de un acercamiento mínimamente serio al texto bíblico.

b) Desde aquí, el agente de pastoral sólo debe orientar básicamente a los destinatarios, no decírselo todo, no darles una clase de Biblia. Más bien se trata de irles sugiriendo el contexto, el mensaje, el aspecto de realidad nueva del Reino de Dios que se nos ofrece, y la respuesta concreta aquí y ahora que cada uno debe dar a Dios que le interpela a través de la experiencia humana y religiosa de la primitiva comunidad cristiana. Poner a los destinatarios en contacto con esa experiencia fundante, sugerir los modos y los aspectos de más conexión, etc. es la tarea del animador que recurre a la Biblia. Todo, menos hacer de vocero o propagandista de un producto que, a simple vista, y si el animador no lo evita, resulta más que caduco a los jóvenes destinatarios.

c) El uso de un adecuado lenguaje que traduzca el sentido de los textos debe ser una preocupación del animador bíblico. Surge aquí la difícil cuestión del vocabulario bíblico: ¿qué hacer con él? ¿Se lo barre? ¿Se lo sustituye definitivamente porque está anticuado? Más aún: si el lenguaje es anticuado, ¿no lo serán también las propuestas y mensaje del mismo texto bíblico? Son cuestiones importantes. El lenguaje debe ser explicado y traducido, sin cambiarlo, por respeto incluso cultural a la comunidad humana donde nació. Pero aquí hay que evitar también cualquier exceso de puritanismo lingüístico más allá del sentido común. Es lo que se hace en los comentarios de texto literarios de cualquier lengua, moderna o no. Sobre el problema de la experiencia de fe, si se ayuda a los destinatarios con el estudio suficiente del contexto y lo que éste implica, se verá que el mensaje de Cristo es para siempre, válido y universal, más allá de los esquemas culturales o sociales donde nació, y precisamente gracias a éstos. Nunca el animador debe confundir el mensaje religioso con los elementos culturales en que viene expresado el texto. Esto es un principio hermenéutico siempre válido; pero lo es especialmente cuando se tiene entre manos un texto de género literario histórico. El mensaje religioso de la Biblia es un contenido de fe, no aporta veracidad científicamente histórica, comprobable o no del vehículo lingüístico en que aquel mensaje religioso viene expresado. Dicho de otro modo más claro: un mensaje de fe no es 'más de fe' porque el pasaje bíblico donde se comunica sea más histórico que simplemente narrativo o novelístico, por ejemplo. Entre otras cosas, el mensaje de la Biblia es lo religioso, no lo científicamente histórico. Es cuestión de información y de formación básica: en mi caso y en de tantos otros que venimos trabajando pastoralmente en lo bíblico, así lo dice la experiencia de muchos años dedicados a esta tarea.

d) Por último, es bueno recordar que para todo esto no hay que ser un especialista. La tarea de los exegetas consiste en brindarnos los medios más adecuados a los demás. Y los medios están. En concreto, hay biblias con magníficos estudios, sencillos, claros, asequibles. Por ejemplo, La Biblia de Jerusalén, la de la Casa de la Biblia, etc.

Sólo se trata de convencerse del tema y de no pretender que nadie te lo dé todo en píldoras; la labor de oración con la Palabra de Dios y de preparación básica (no hace falta que sea especializada y exhaustiva) del animador son esenciales. No conviene olvidar que la tarea principal es de Dios. Tampoco hay que 'acabarlo' todo, como si tuviéramos la llave de la sabiduría en la mano. La Biblia interpela más que da respuestas hechas, suscita la fe y la conducta del creyente, no agota la iniciativa de éste y el sentido de búsqueda. ¡Gracias a Dios que nos ha hecho así!